



OBISPO DE CARTAGENA

Retiro a los sacerdotes de Cuaresma

Santuario de la Fuensanta

23 de febrero del 2026

«La Cuaresma es el tiempo en el que la Iglesia, con solicitud maternal, nos invita a poner de nuevo el misterio de Dios en el centro de nuestra vida, para que nuestra fe recobre su impulso y el corazón no se disperse entre las inquietudes y distracciones cotidianas...».

«Todo camino de conversión comienza cuando nos dejamos alcanzar por la Palabra y la acogemos con docilidad de espíritu...».

«El itinerario cuaresmal se convierte en una ocasión propicia para escuchar la voz del Señor y renovar la decisión de seguir a Cristo, recorriendo con Él el camino que sube a Jerusalén, donde se cumple el misterio de su pasión, muerte y resurrección...» (Papa León XIV).

En la Palabra de Dios se nos pide estar atentos a nuestra condición de hijos y, además, una verdadera conversión personal, es decir, el reconocimiento de que somos pecadores y la necesidad de dirigir nuestra vida hacia Dios. Esta es la invitación que nos propone la Iglesia: salir de las tinieblas para caminar en la luz. La Buena Noticia que nos anuncia Jesús es que Dios nos ama, que la verdad, la alegría, el amor y la libertad es un regalo presente en nuestra vida y que puede estar aún más presente, más activo, más transformante; pero es necesario abrir los oídos y escuchar con atención la segunda lectura de san Pablo a los corintios.

En la carta a los corintios presenta a una comunidad muy viva, pero con problemas internos y con dificultades para mantener su identidad en medio de un mundo pagano. El apóstol advierte del problema de la falta de unidad y pide con firmeza: «os ruego, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, poneos de acuerdo...», ya que los creyentes no pueden estar divididos. La división contradice abiertamente la voluntad de Cristo y es una piedra de escándalo para el mundo, un obstáculo para la predicación del Evangelio. San Pablo pedía a la Iglesia de Corinto que estuviera bien unida con un mismo pensar y sentir. Es lo mismo que nos está pidiendo hoy la Iglesia a nosotros, que haya unidad de fe, de caridad fraterna, de ilusión por el trabajo común, de empuje misionero, pero con pasión por evangelizar. La cuestión es grave, porque la falta de unidad, de comunión, el que cada uno vaya a lo suyo, olvidando la esencia de la Iglesia, nos condena a la ineficacia y a la esterilidad.

Pasión por evangelizar. Esto es lo que nos han enseñado los apóstoles, san Pablo y tantos testigos de la fe, que la entrega debe ser total. Los Hechos de los Apóstoles nos dicen que san Pablo «estaba lleno del celo de la gloria de Dios» (cf. Ac 22,3). Se comprende que esta cualidad lo preparó para su vocación, además de lo que dice en sus cartas, que Dios lo había llamado por su gracia, desde el seno materno (cf. Gal 1,15). Saulo, el fariseo que se convirtió de perseguidor en evangelizador creía que Jesús estaba muerto, bien muerto y que su lamentable fin sobre la cruz era la señal de la reprobación de Dios para su obra. Pero, he aquí que el Señor le preparó el camino para que se diera cuenta de la potencia triunfadora de Jesús, que le probó que estaba vivo, puesto que lo detuvo y lo tiró por tierra. San Pablo, entonces, encontró a Cristo glorioso, a un Cristo rodeado de luz sobrenatural. En este encuentro el Señor le enseñó que su tarea era servir y que este servicio no se hace sin sacrificio.

Para este tiempo de Cuaresma la Iglesia nos recuerda la importancia de tomarnos en serio la conversión. Convertirnos a Cristo es el único camino para la unidad, para la armonía de esta familia de los hijos de Dios. La invitación es urgente para hoy y para siempre, es más, todos nosotros vamos a predicar en esta Cuaresma muchas veces sobre la conversión, pero ¿se nos va a olvidar a nosotros? Cada domingo, la Palabra de Dios nos interpelará a todos y en el Evangelio, veremos cómo el Señor Jesús nos irá exigiendo una verdadera conversión a fondo, porque sabemos que nunca nos habremos convertido del todo. Hay que estar atentos, hermanos, Jesús sale a nuestro encuentro, como hizo con los primeros discípulos y nos volverá a llamar personalmente, bien en la tarea de cada día o a la orilla del lago, en el trabajo, o en la oración, como a los discípulos primeros. El Evangelio nos llamará y es escueto: presenta la llamada y la respuesta, aunque cada caso debe contemplarse, porque son momentos únicos. Pedro, por ejemplo, dio mil y un rodeos y los evangelios no nos los esconden y, al final, el seguimiento de Jesús se fue imponiendo en su vida. Venid y seguidme y otros, dejando las redes le siguieron... hay muchos modelos, muchas situaciones y una respuesta generosa. También a nosotros nos ha llegado, por mil y un caminos, la llamada de Jesús: en la familia, parroquia, escuela, grupo, compañeros, personas que nos han influido quizá sin saberlo... Y hemos respondido a esta invitación de Jesús. Posiblemente tengamos que purificar el hoy de nuestra vocación, limpiar las afecciones y dificultades que se nos han ido adhiriendo por el camino, vamos a limpiarnos de todas ellas, para actualizar nuestro hoy.

Hoy vuelve el Señor a salir a tu encuentro y la llamada que hace Jesús hoy, como la de ayer es a predicar el Evangelio del Reino y a curar las enfermedades y dolencias del pueblo. Enseñar y curar son palabras de misericordia y obras de misericordia. Hemos entendido suficientemente lo de «id y enseñad», pero debemos prestar más atención a la segunda parte, al «id y curad», abriéndonos a las necesidades de los demás, a sus alegrías, esperanzas, temores, a sus enfermedades y deficiencias..., y esforzarnos por remediarlas. Solo a partir del amor real, dando testimonio con nuestras buenas obras, podremos anunciar la buena noticia del amor de Dios. Pues, atención a esta propuesta que nos hace el Señor ¿Estás dispuesto a trabajar para enseñar y para curar las dolencias de los hermanos? ¿Ves cómo es muy importante tu conversión?

Las palabras del Papa al clero de Madrid nos ayudan: «El tiempo que vive la Iglesia nos invita a detenernos juntos en una reflexión serena y honesta. No tanto para quedarnos en diagnósticos inmediatos o en la gestión de urgencias, sino para aprender a leer con hondura el momento que nos toca vivir, reconociendo, a la luz de la fe, los desafíos y también las posibilidades que el Señor abre ante nosotros. En este camino se vuelve cada vez más necesario educar la mirada y ejercitarnos en el discernimiento, de modo que podamos percibir con mayor claridad lo que Dios ya está obrando, muchas veces de forma silenciosa y discreta, en medio de nosotros y de nuestras comunidades».

Entre las muchas urgencias, el Papa les dijo a los sacerdotes de Roma: «Es urgente volver a anunciar el Evangelio: esta es la prioridad. Con humildad, pero sin desanimarnos, debemos reconocer que ‘parte de nuestro pueblo bautizado no experimenta su pertenencia a la Iglesia’, lo que nos invita a estar atentos a encontrar “caminos y formas que ayuden a las personas a volver a entrar en contacto con la promesa de Jesús”, a buscar otras formas de transmitir la fe, incluso fuera de los caminos clásicos, para tratar de involucrar de una manera nueva a los niños, los jóvenes y a las familias...; a estar atentos a la vida del hermano y a estar dispuestos a sostenernos mutuamente... Nadie debería sentirse expuesto o solo en el ejercicio del ministerio: ¡resistid juntos al individualismo que empobrece el corazón y debilita la misión!». Sus palabras son sabias, las de un padre y un hermano y debemos escucharlas.

Nuestra vida de sacerdotes nos ayuda a confiar en la Palabra del Dios y a seguir adelante siempre con la vocación que hemos recibido en el Bautismo, porque nuestra meta es el cielo, donde confluye toda la santidad de la tierra. Pero no olvidar que los caminos que nos ayudan a subir al cielo son los de la inocencia, los de la penitencia, los de la caridad, además de los que nos proponía el Papa Francisco: mansedumbre, paciencia, aguante, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Rom 8,31)¹..., que han tenido como punto de partida el Bautismo, la gracia que ese sacramento nos confirió, el carácter que imprimió en nuestra alma, conformándola y haciéndola participar, como escribe santo Tomás de Aquino, en el sacerdocio de Cristo crucificado², en la comunión de la santidad que se ilumina con la gloria de Cristo Resucitado.

Os ruego que hagáis el esfuerzo de pensar que a nosotros también nos ha tocado vivir en un mundo muy complejo, confuso y difícil con una filosofía de vida donde prima el bienestar, la cultura del cuerpo, los propios intereses, la secularización, la polarización en el discurso público y a Dios se le ha despedido considerándolo como un extraño. Pero la gente anda buscando con sinceridad a Dios, porque hay señales vivas de cansancio por la vaciedad en la que se está vivido, que muchos están de vuelta y con una mochila a las espaldas demasiado cargada y necesitan descansar en la Verdad y por eso buscan a Dios, a alguien más grande que nosotros que nos hable de Verdad y de Vida y por eso se presentan en la Iglesia, en las celebraciones, en los ratos de adoración al Señor, en el sacramento de la reconciliación... ¿No creéis que se trata de un momento histórico importante y que la mano de Dios se está haciendo

¹ PAPA FRANCISCO, E. A., *Gaudete et exsultate*, 112.

² Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, S.Th. III, q. 63, a. 3.

presente? ¿no creéis que merece la pena este esfuerzo por estar atentos, dispuestos a ayudar a tener abiertas las puertas del hospital de campaña? Vienen, preguntan, buscan la Verdad, de una manera honesta y auténtica, anhelan caminos de esperanza, quieren ver el rostro de Dios... ¡Este es el momento de despertar de nuestros sueños y rutinas, de abrir puertas, de ofrecer respuestas, de estar presentes y disponibles, es el tiempo de abrir los Evangelios, la Palabra de Dios y los testimonios de vida!

Decía el Papa, que los sacerdotes que necesitan los buscadores de Dios «son varones configurados con Cristo, capaces de sostener su ministerio desde una relación viva con Él, nutrida por la Eucaristía y expresada en una caridad pastoral marcada por el don sincero de sí. La gente exige estudio, preparación, sabiduría, y es natural, porque solo así se podrá ofrecer la luz de la fe, del perdón y de la misericordia de Dios!; se trata, tal como pide el Papa, de volver a proponer, con renovada intensidad, el sacerdocio en su núcleo más auténtico —ser *alter Christus*—, dejando que sea Él quien configure nuestra vida, unifique nuestro corazón y dé forma a un ministerio vivido desde la intimidad con Dios, la entrega fiel a la Iglesia y el servicio concreto a las personas que nos han sido confiadas». El ejemplo que yo os propongo para los que vuelven a casa, es que puedan tener el gozo de encontrarse con el Padre del hijo pródigo abriendo los brazos, con la casa familiar, con una gran acogida y la fiesta preparada. ¡Ojalá sea así la vuelta a casa! ¡Ojalá podamos ser así!

Os pido encarecidamente recuperar las ilusiones primeras, una vuelta a lo esencial, como dice el Papa León; una firme espiritualidad, romper las amarras, alejarnos de los complejos y “del qué dirán”, dejarnos iluminar por el Corazón de Jesús, abriendo los brazos para acoger, acompañar y servir hasta agotarnos. Esta Cuaresma es tiempo de salvación y se hace necesaria una reflexión sobre cómo estamos ejerciendo nuestro ministerio, una verdadera conversión, porque es un tiempo de esperanza, porque el amor puede cambiar el mundo. Mucho ánimo, no perdamos el tiempo. A esto nos ayudará la Madre, la Santísima Virgen María. Confiad y caminad.

Hermanos sacerdotes, permitidme recordar algo que el Evangelio también cuenta, el dolor que supuso para Jesús que algunos se fueron apagando en el entusiasmo del seguimiento de Jesús y el mismo Señor lo cuenta, tras el discurso del pan de vida, «muchos de sus discípulos se retiraron y Jesús preguntó: ¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6, 67). Que no nos extrañe que el Señor nos haga la misma pregunta hoy de tal manera que no podamos retardar la respuesta. Pero, antes, escuchad la respuesta que le dio San Pedro, que fue muy importante, porque contiene un resumen de la vida cristiana y fue determinante: «Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios». Toda la vida cristiana está condensada en estas palabras. Un ministro del Señor, un cristiano de verdad sabe de la importancia de entregarse con totalidad a Nuestro Señor. Me estoy acordando de las virtudes que adornaron la vida del Beato Cura Valera y de las razones de su entrega, de su servicio a los hermanos, de por qué se olvidaba de sí mismo... porque en Cristo estaba la plenitud de su existencia, la razón de su vida y nunca se separó de Él.

El ejemplo del beato *Cura Valera*

La vida del beato *Cura Valera* nos puede ayudar a ver lo que significa ponerse a disposición de todos los que se nos han encomendado con generosidad y de verdad. El *Cura Valera* no protagonizó nunca fenómenos deslumbrantes, ni buscó sobresalir en nada especial, no buscaba protagonismos inútiles, ni famas efímeras, no, todo lo contrario, su firme decisión era ser un alma para Dios y, por eso, buscaba el silencio, el recogimiento de la oración, la austeridad, la pobreza y salir raudo al encuentro de los hermanos que le necesitaban hasta dar la vida, olvidándose de sí mismo. En los múltiples testimonios que se describen en la *Positio* sobre la vida, virtudes y fama del *Cura Valera*³ se puede observar que las puertas de su corazón siempre estaban abiertas para todos los fieles que le fueron encomendados y su celo le llevó a cuidar a los más necesitados, a los pobres de solemnidad.

La experiencia pastoral del beato Salvador Valera, como sacerdote, fue sencilla, amaba a Dios profundamente y se fió de Él sin reservas. Ahora entendemos cómo el Señor lo fue modelando y movido por la fuerza del Espíritu Santo siguió a Cristo pobre, humilde y cargado con la Cruz. Así, en el silencio del amor, iba construyendo el camino de la santidad como un regalo, un don de Dios, porque su decisión fue seguir las huellas de Jesucristo. La vocación a la santidad la recibió en el bautismo, como todos nosotros, y al salir de las aguas bautismales fuimos hechos partícipes de la gracia santificante (cf. Ef. 4,7), pero hemos de saber permanecer en esa gracia siempre. En el Concilio Vaticano II se dice claramente que la santidad siempre se identifica con la estrecha unión con Cristo: a causa de su más íntima unión con Cristo, los bienaventurados consolidan a toda la Iglesia en la santidad; y un poco más adelante se ofrece una especie de definición de la santidad al hablar de la vía segurísima por la que, entre las vicisitudes del mundo, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo, es decir, a la santidad⁴. La vocación a la santidad, pues, es un regalo divino que hay que validarlo todos los días, sabiendo que encontrará su cumplimiento definitivo en la Nueva Alianza mediante la sangre de Cristo, cuando se realice la 'adoración en espíritu y en verdad', de la que Jesús mismos habla en Siquem, en su conversación con la samaritana (cf. Jn 4, 24). Los sacerdotes podemos alcanzar ese don en el buen ejercicio de nuestro ministerio, como dice el Concilio en *Presbiterorum Ordinis*.

Es posible que alguien se pregunte que de dónde le vino al *Cura Valera* esta vocación de hacer el bien, su impresionante vida de caridad y por qué le importaban tanto los necesitados. La respuesta es sencilla, la entenderás si entiendes de verdad que la Iglesia es 'comunidad', que somos una familia de hermanos y que la fuente de esta comunión es Jesucristo. Esto lo explica san Pedro en su carta primera: «Cristo, para llevarnos a Dios, murió una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, muerto en la carne, vivificado en el espíritu» (1 Pe 3, 18). El ejemplo de Cristo ha dado su fruto, nos ha hecho capaces de ser santos, porque Cristo nos ha rescatado con su preciosa sangre derramada (cf. 1 Pe 1, 18.19) y nos ha hecho nación santa (1 Pe 2, 9). Los testimonios de vida que nos ha dejado el *Cura Valera* manifiestan que fue un hombre entregado a hacer la voluntad de Dios y nunca olvidó que los demás somos sus hermanos. Estas palabras describen el ser de un pastor bueno, que sabía perfectamente a quien seguía: En las diversas parroquias donde ejerció el ministerio sacerdotal de la diócesis de Cartagena, en Huércal Overa, que ahora es diócesis de

³ DIOCESIS DE ALMERÍA, *Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis* del siervo de Dios Salvador Valera Parra.

⁴ CONCILIO VATICANO II, Constitución *Lumen Gentium*, 49-50.

Almería, la huella profunda que dejó de vida apostólica ejemplar pobre, orante, preocupado de las necesidades de los fieles organizando servicios de caridad, catequesis, fomento de la práctica de los sacramentos, piedad popular... y sobre todo, de intenso trabajo pastoral para ayudar a vivir en santidad, dan muestra de su virtuoso ejercicio del ministerio sacerdotal, convirtiéndose así en modelo ejemplar de párroco⁵.

Aprovechemos las oportunidades que nos vienen con motivo de la celebración del I centenario de la consagración de la Diócesis al Corazón de Jesús, para acompañar a la gente al corazón misericordioso de Cristo, para ofrecer el regalo del Evangelio, de la palabra que ayude e ilumine las vidas rotas o perdidas y que puedan descansar en el Señor; aprovechemos la oportunidad del Año Jubilar de Abanilla, para volver a besar la Cruz de Cristo y agarrarnos a ella con fuerza... Nadie tiene tantas oportunidades como nosotros... No lo dejes para mañana.

¡Hay que despertar para ayudar a los que vienen del destierro en el desierto y necesitan encontrar el oasis de la fe, de la confianza y del amor de Dios, el agua que salta a la vida eterna, con la comunidad de los hermanos unidos! La figura de este buen párroco austero y enjuto no se ha olvidado nunca y los testimonios son impresionantes, han quedado grabados en la memoria colectiva de la gente y todavía llegan al corazón. Es importante recordar las palabras que el obispo de Cartagena dirigió a los jóvenes que acababa de ordenar para el ministerio exhortándoles: Solo os pido que os miréis en el espejo que tengo en Huércal Overa, en el cura Don Salvador Valera Parra, en cuyo espejo se mira también vuestro obispo⁶. Pero, el mismo obispo, siendo ya cardenal de Valencia todavía elogiaba las virtudes de este sacerdote, diciendo: «No estoy hablando de un hombre ni de un sacerdote, hablo de un ángel»⁷. Sus palabras, nos indican la huella de santidad que iba dejando el sacerdote, Don Salvador Valera Parra, por donde pasaba: eso era el suave olor a Cristo o el 'sello del Espíritu Santo' con el que ha sido marcado (cf. Ef 1, 13), como lo describía San Pablo. En su carta a los Corintios decía también que Dios, es «el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones» (2 Cor 1, 21-22).

Termino con estas palabras del Papa León XIV, que las debemos tener en cuenta todos los cristianos, sean sacerdotes, religiosos o laicos: No lo olviden: un sacerdote santo hace florecer la santidad a su alrededor⁸. Que San Fulgencio nos conceda la gracia de la alegría, buscar la santidad y de ponernos en pie para decirle a Dios, “cuenta conmigo, Señor”.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena

⁵ DIOCESIS DE ALMERÍA, *Positio super vita...*, pág. 4,3.

⁶ DIOCESIS DE ALMERÍA, *Positio super vita...*, pág. 12.

⁷ DIOCESIS DE ALMERÍA, *Positio super vita...*, pág. 12.,

⁸ PAPA LEÓN XIV, *Mensaje del Santo Padre a los sacerdotes en ocasión de la Jornada de santificación sacerdotal*. 27 de junio de 2025. Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.